

Prólogo

Voy a recordar cosas que son de sobra conocidas. Cuando el 24 de julio de 1967 leyó Celan algunos de sus poemas en Freiburg im Breisgau, Heidegger era parte de la audiencia. Al día siguiente se encontraron en la cabaña de Todtnauberg, aquel refugio escueto adosado al suave talud de una colina de la Selva Negra adonde solía retirarse el filósofo para sumirse en su artesanía meditabunda —“tejer la media del misterio”¹—, sostenida en el ritmo de discretas labores cotidianas y paseos.

¿Qué se conversó, que pasó entre ambos? Son innumerables los comentarios y las tentativas de interpretación que ha suscitado ese encuentro, casi desde el momento mismo de su ocurrencia. Tanto más han arreciado, cuanto más notoria se ha hecho la significación enteramente decisiva que tiene la obra de Celan para la situación de la poesía y de las relaciones entre poesía y filosofía en la época de la tardía modernidad; tanto más, cuanto más compleja ha llegado a ser la ponderación del pensamiento de Heidegger para la situación de la filosofía y de sus relaciones con la poesía y el arte en ese mismo horizonte. Sin que se tenga que ceder a la tentación de ver en el encuentro un “episodio casi mítico de nuestra época”, como lo llama Alain Badiou,² y sin ceder a ella por las resonancias enojosas que precisamente en este contexto puede tener la alusión a lo “mítico”, entre las cuales se cuenta, sobre todo, aquella fórmula del “mito del siglo XX” de que se vale Alfred Rosenberg para caracterizar al nazismo,³ sin ceder, digo, no se puede omitir que ese encuentro está preñado de señas.

¿Qué pasó entre ambos?, preguntaba. Cuántas hipótesis se han aventurado en torno al encuentro, a la relación entre Heidegger y Celan, al poema —al notable poema *Todtnauberg*— que como densa abreviatura pareciera cifrar esa relación, tantas apuestas sobre la “palabra /

¹ Muy asociativamente traigo a cuento una pieza del poemario *Fadensonnen (Soles en hebras)*, de 1968: “DIE MIR HINTERLASSNE / balkengekreuzte / Eins: // an ihr soll ich rätseln, / während du, / im Ruffengewand, / am Geheimnisstrumpf strickst.” (Paul Celan, *Gesammelte Werke in fünf Bänden*, Zweiter Band, Gedichte II, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1986, 289.) Mi traducción: “El Uno que me resta / tachado en cruz / por travesaños: // debo en él adivinar, / mientras tú, / en ropa de arpillera, / tejes la media del misterio.” El “uno tachado en cruz” evoca a la distancia la grafía peculiar que el Heidegger tardío inflige a la palabra “ser”, para señalar la “cuaterna” de dioses y mortales, cielo y tierra, de inspiración hölderliniana.

² A. Badiou, *Manifeste pour la philosophie*. París: Seuil, 1989.

³ Philippe Lacoue-Labarthe recuerda esta caracterización en su ensayo “Poésie, Philosophie, Politique”, contenido en Jacques Rancière (ed.), *La politique des poètes. Pourquoi des poètes en temps de détresse?* París: Albin Michel, 1992, 54. La referencia de Lacoue-Labarthe no atañe a la expresión de Badiou, aunque su consideración va dirigida a rebatir su idea de una “época de los poetas”, que llegaría a su fin, justamente, con Celan, y con ese encuentro como momento ejemplar.

venida” a la que se abre la cordial esperanza del poeta. A mí me parece enteramente vano — vano para mí al menos— osar una conjetura que tuviese mínimos visos de verosimilitud sobre éste y los demás asuntos que con él van entreverados. No tendría más remedio que pergeñar un cuento en el cual hacerle lugar a mi conjetura, y apoyar quizá ese cuento en muchas pistas que la paciencia pudiese rastrear en la escritura de Celan, tan espesamente sedimentada, para hablar sólo de eso. Incapaz de hacerlo, me he limitado a otra cosa: he querido porfiar en el “entre”, interrogarlo asiduamente, sopesarlo y sondear en él. Este libro no es un ejercicio de ficción, sino un intento de construcción de ese “entre” a partir de su imposibilidad. Por eso mismo debo confesar de antemano que he desesperado de dar la razón del “entre”; el libro ha tenido que quedar necesariamente abierto en sus extremos.⁴

Al ingresar en la cabaña, Celan anotó una entrada en el libro de visitas que llevaba el pensador: “En el libro de la cabaña, con la mirada en la estrella de la fuente, con la esperanza de una palabra venidera en el corazón.”⁵ El jueves santo de 1970 volvieron a encontrarse Celan y Heidegger, con ocasión de una lectura ante un reducido grupo. El filósofo formuló la idea de emprender un paseo con el poeta en el verano de ese año. El 20 de abril, de vuelta en París, Celan caminó hacia el Pont Mirabeau, vecino a su habitación, y se arrojó al Sena, sin testigos; un pescador halló su cadáver a siete millas de distancia, el primer día de mayo.

⁴ Escrito mayormente entre 1996 y 1997, partes han sido publicadas antes: “Entre Celan y Heidegger” (que corresponde al primer capítulo, “Diálogo”), en *Seminarios de Filosofía* (9: 193-212), 1996; “Lugar” (tercio inicial del segundo capítulo), en *El espíritu del valle* (4/5:22-27), 1998; “Ah, el arte” (tercer capítulo), en: Juan Pablo Brickle (ed.), *La filosofía como pasión*. Homenaje a Jorge Eduardo Rivera Cruchaga en su 75 cumpleaños. Madrid: Trotta (275-290), 2003; y “Diálogo” (fragmento del último capítulo), en *Extremoccidente* (3:73-75), 2003. El libro sirvió de base a un seminario de doctorado en la Universidad de Chile, realizado durante el primer semestre del año 2003.

⁵ Según Rüdiger Safranski, *Ein Meister aus Deutschland. Heidegger und seine Zeit*. München/Viena, 1994, 485.